

# *Europa: la segunda*

## *salida*

**JULIÁN MARÍAS**

***E***l estado de ánimo de los europeos ante la empresa de su unificación se resume en una sola palabra: *descontento*. Nada más

peligroso si se interpreta con las significaciones, que pueden ser próximas, desaliento o desilusión. Si esto es así, la construcción de una Europa unida estaría condenada a no realizarse o acaso a algo peor: a ser algo rutinario, inerte, cansino, sin entusiasmo.

**«La Comunidad Europea ha nacido bajo el signo de la economía, y apenas se ha ido más allá. Todo lo económico tiene la condición de medio o recurso; pero medios y recursos son algo necesario para proyectos. Y el olvido de éstos es la causa principal del descontento que nos invade.»**

Por fortuna, hay otro sentido de descontento, aquel que Ortega calificó de «divino» y definió como «un amor sin amado y un dolor que sentimos en miembros que no tenemos». Este descontento es uno de los motores de la historia y de toda posible perfección en la vida humana.

Lo primero que hay que hacer es analizar ese descontento que indudablemente sentimos y no podemos desconocer ni mitigar. Tan pronto como se empezó a hablar en serio de la unión de Europa —algo bien distinto de su evidente y ya antigua *unidad*—, a raíz de la última Guerra Mundial, me preocupó que se presentara con una figura preponderante, casi exclusivamente económica. La economía, dije hace más de cuarenta años, es muy importante, pero no despierta entusiasmo, y sin entusiasmo no se hace nada verdaderamente interesante. Es, como suele decirse en matemáticas, condición necesaria, pero no suficiente. En suma, hacen falta otras banderas.

La Comunidad Europea ha nacido bajo el signo de la economía, y apenas se ha ido más allá. Ahora bien, todo lo económico tiene la condición de *medio* o *recur-*

so; pero medios y recursos son algo necesario *para, fines* o, si se prefiere, *proyectos*. El olvido de éstos es la causa principal del descontento que nos invade y que acompaña simbólicamente a ese nombre geográfico, Maastricht.

Pero hay algo más. Se siente confusamente, pero con suma fuerza, que los pasos que se han dado y se siguen dando hacia la unificación de Europa no son demasiado europeos, y si se apuran las cosas tienen algo de antieuropeos, de contrarios a lo que más profundamente ha sido y debe ser Europa. Ha sido desde que hay memoria de ella una *unidad* previa a sus naciones, una sociedad de implantación de cada una, que ha consistido en la base de su sustancia común; las naciones europeas son «de Europa», están hechas de ella, son inconcebibles aisladas, y todo intento de retracción de una de ellas en sí misma es una forma de separatismo. Pero esto quiere decir que en cada una tienen que estar presentes las demás, que el desconocimiento mutuo —que hoy es muy grande— afecta a la realidad de cada una y la empobrece. Las naciones *conviven* —y no sólo «coexisten»— en Europa, y si esto no se realiza la vida europea es precaria y problemática.

**«Existe una dosis de resentimiento contra las verdaderas naciones. El nacionalismo es una "inflamación", una dolencia que ha acometido a las naciones deficientes, o tardías, o a sociedades que no han sido nunca nacionales. Las primeras naciones de Europa han sido transeuropeas, han ido más allá de su propio continente.»**

La consecuencia inevitable es que la realidad primaria de Europa es el conjunto de sus *naciones*, cada una de las cuales tiene una vigorosa personalidad, una unidad de convivencia saturada, un estilo, un proyecto, cuya convergencia podrá ser el de Europa. La historia de Europa, desde fines del siglo XV, es un proceso de nacionalización, de constitución de sociedades y Estados distintos de los medievales, definidos por una radical participación de los individuos en ellos. Ese proceso se realizó en varias etapas o promociones, con desigual plenitud, y en algunos casos no acabó de cumplirse, o por dificultades insuperables del tejido social, sobre todo en las zonas balcánicas, o por falta de proyectos históricos atractivos y fecundos.

Existe una dosis de resentimiento contra las verdaderas naciones, originado en las que por diversos motivos no han alcanzado la

plenitud, o por fracciones de ellas que no han participado adecuadamente en los proyectos nacionales y han sentido una patológica voluntad de marginación. Pero si estas tendencias negativas se imponen, se pasará por alto lo que es más real y se engendrará un malestar que puede comprometer definitivamente la formación de una verdadera comunidad.

Lo cual no quiere decir «nacionalismo», sino precisamente todo lo contrario. El nacionalismo es una «inflamación», una dolencia que ha acometido a las naciones deficientes, o tardías, o a sociedades que no han sido nunca nacionales. Lejos de ser una crispación, un narcisismo o un exclusivismo, la condición nacional

**«El mundo se ha enriquecido enormemente en cosas, en productos, pero a la vez se ha empobrecido en formas, incluso de vida, de tipos humanos. Si se persigue la homogeneización de la maravillosa variedad europea, los hombres se apartarán con aversión de la imagen que se les ofrece.»**

ha significado normalidad, espontaneidad, apertura. No se olvide que las primeras naciones de Europa han sido *transeuropeas*, han ido más allá de su propio continente.

Esta espontaneidad es la que más falta en las instituciones encargadas de fraguar la unión europea. No sólo hay un predominio de lo económico, sino un espíritu primariamente administrativo y burocrático, que consiste en segregar innumerables normas y regulaciones, que amenazan con sofocar la espontaneidad de la vida y de paso destruir lo que ha sido la mayor riqueza de Europa: su diversidad.

Repárese en que una de las amenazas capitales de nuestra época es la tendencia a la uniformidad, a la homogeneidad. Sin duda estos caracteres hacen las cosas más fáciles, pero menos interesantes y desde luego menos

creadoras. Es más fácil regular los movimientos de un batallón que los sonidos de una orquesta. (Y si se pasa de un batallón a un ejército, la homogeneidad deja de funcionar como una ventaja.) El mundo se ha enriquecido enormemente en cosas, en productos, pero a la vez se ha empobrecido *enfermas*, incluso de vida, de tipos humanos. Si se persigue la homogeneización de la maravillosa variedad europea, se conseguirá que los hombres se aparten con aversión de la imagen que se les ofrece.

La empresa que parece atractiva y digna de Europa es la coordinación de esa variedad, el goce de ella por todos. Que los europeos puedan disponer de los productos de toda Europa parece espléndido; que cada país tenga que limitarlos para ajustarse a unos patrones fijados en una oficina internacional, que renuncie a sus costumbres, a su inventiva, a su estilo de vida, parece y es un desastre que no merece sino repulsa. Añádase a esto que lo que se anuncia es una restricción de la *libertad*. Europa ha sido en toda su historia una permanente vocación de libertad: en eso consiste su peculiaridad y su justificación. Los europeos no la han poseído siempre, pero han sabido que les faltaba y han procurado reconquistarla. Toda limitación de la libertad es directamente contraria a la índole más propia de Europa.

No se puede negar ni ocultar ni disimular el descontento que Europa siente en este momento. Pero menos aún es aceptable quedarse en él. Hay que ver en qué consiste, cuáles son sus causas —diríamos mejor sus motivos—, e intentar el remedio. Como Don Quijote, la Europa unida tiene que emprender una segunda salida, con la experiencia de los fallos y errores de la primera.

La primera condición es partir de lo más real, las naciones, e intentar crear unidades viables de convivencia allí donde no habían podido establecerse, en lugar de complacerse en una atomización que sólo puede ser un semillero de conflictos destructores y, por añadidura, estériles, de los que no podrá salir nada fecundo ni interesante.

*«No se puede negar el  
descontento que siente Europa,  
pero menos aceptable aún es  
quedarse en él. Hay que ver en  
qué consiste, sus causas, e  
intentar el remedio. Como  
Don Quijote, la Europa unida  
tiene que emprender una  
segunda salida.»*

En segundo lugar, hay que lograr la presencia recíproca de las naciones europeas, su conocimiento mutuo, que supere la aterradora ignorancia en que, con pocas excepciones, están los europeos respecto de sí mismos. Y no menos importante es la apertura hacia el lóbulo americano de Occidente, que es la verdadera unidad proyectiva hacia la cual tenemos que orientarnos. Temo que haya habido un predominio de las naciones «intra-europeas» en la comisión de ese error, en el cual no es probable que hubiesen caído las naciones «transeurope-as», más fieles a la condición de Europa en su conjunto.

Finalmente, hay que buscar un proyecto de vida histórica europea, capaz de atraer y aglutinar a las diversas naciones para hacer juntas algo que realmente valga la pena, que suscite la ilusión, el entusiasmo que han sido siempre condiciones de toda gran empresa. Creo que si se iniciara esta segunda salida, en lugar de una resistencia mortecina se vería una movilización ilusionada.